

Alberto Rembao (1)

## El mundo en marcha

A propósito de «Nietzsche Dionisiaco y Asceta», por Enrique Molina.



U MVERTUNG ALLER WERTE, que vale por la transvaluación de los valores, y que se refiere al desmenuzamiento del poeta metido a filósofo que se llamó Federico Nietzsche... llevado a cabo con mano suave, por el amor conmovida, así quien se afana por restaurarle al gran angustiado lo que de verdad le corresponde en su calidad de actor eminente en la tragedia del siglo XIX; porque Nietzsche de cierto que no es filósofo, como que su intentona filosófica le enturbia sus prestigios de creador del poema sin igualar en su especie todavía, que fué la canción de Zarathustra; y como que el vulgo intelectual, (digamos la plebe del mundo de la cultura, que tiene también sus subur-

---

(1) El señor Alberto Rembao es un talentoso escritor mexicano, director y redactor de «La Nueva Democracia», revista de Nueva York.

bios y sus barrios bajos), en cuanto adorador del gran nihilista, se olvida del príncipe del estilo, de aquel su estilo bailarín de maestro de esgrima con quien cada frase es contratajo y estocada... Porque a los plebeyos del espíritu resúltales más placentero estar con el señor de la paradoja sintética y de la exageración neurálgica, con el Nietzsche de la voluntad de poder, y del mítico superhombre, con el predicador de la violencia, y la guerra, y la crueldad, con el exaltador de la vida como energía bruta, con el Juan Bautista de Hitler-Soter, con la encarnación perfecta de la contradicción sistematizada en grado de inmoralidad...

El desmenuzador que lo desmenuzare, un gran desmenuzador será. Y sí que lo es, por virtud de su obra constructiva anterior, y por el modo de ternura con que nos salva al poeta demente este crítico de la mano suave y el pulso firme que es el Rector muy ilustre de la Universidad de Concepción, don Enrique Molina, en su «Nietzsche dionisiaco y asceta. — Su vida y su ideario». (Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1944). Claro que el nombre del blasfemo sublime ha andado recientemente en todas las bocas eruditas, por el centenario de su nacimiento, y también, de antes, por la influencia desconcertante de su pensamiento en los últimos lustros de la historia política mundial, cuando sus ideas se convirtieron en código ético de la amoralidad transmutada en orden de gobernación. Y claro que el estudio del profesor Molina es uno entre otros tantos de semejante valía; pero, Nietzsche aparte, el

caballero andante de la causa de «lo espiritual en la vida humana», le da al mundo de habla española en estas páginas toda una cátedra de criticismo biográfico. Es decir, en la entrelínea de su realización. Nos da muestra de lo que debe ser la crítica: operación en carne viva, que no autopsia; inyección de plasma vitalferente, que no trayectoria del escalpelo, crítica de altura, que se lleva al que la observa a donde los profetas de Israel, atisbadores de un Dios que a su pueblo saca de Egipto «con cuerdas de amor», como en Oseas.

Esta «Vida» lleva al descubrimiento de un Nietzsche otro que el de las acotaciones de los dilettanti; más bien, a sepultar al hombre malo que hubo en el genio para que el remanente permanezca incorporado al acervo de la herencia occidental. Se dijera que el precursor del nacionalsocialismo fué en última instancia un pobre diablo, en el sentido estricto de la frase, un desventurado rezumante de genio que de sus dotes extraordinarias se valió para ocultarse a sí mismo su pequeñez, su falta de alas, su incapacidad, su esterilidad. De otro modo, digamos que el autor de la «Voluntad de poder» vivió en constante estado de estridentismo premeditado con objeto de apagar la voz interna de la sabiduría suma que le decía: «Tú no eres ese superhombre».

La debilidad intrínseca de la posición nietzscheana se descubre con sólo leerlo segunda o tercera vez, pero con el ojo bien puesto en la consabida *transvalua-*

ción de los valores. (El maestro de Concepción traduce el término por transmutación de los valores). En todo caso, el truco conceptual se descubre a la larga, pues que consiste en la sistemática inversión de todas las nociones aceptadas olvidándose el que lee y admira las frases frenéticas del gran desequilibrado, de que esas nociones son la flor y nata de la experiencia humana, la suma y el zumo de lo tenido por mejor por los mejores del pasado, pues que la tradición es como gigante que ahorcajadas lleva a la generación viviente, generación enana, pero destinada a incrementarle la estatura a aquél. Nietzsche se limita a ponerlo todo al revés, a transmutar. Por ejemplo: «Nada es verdadero, todo es permitido». Y en otro sitio: «El hombre libre, esto es, el hombre fuerte, aparta de sus preocupaciones ese bienestar despreciable con que sueñan los tenderos, los cristianos, las vacas, las mujeres y otros demócratas». (Cita de Molina. En otra versión se incluye en la frase a «los ingleses». Quizás que la omisión se deba a que nuestro gran don Enrique escribiera la página en los momentos mismos en que Londres aguantaba la lluvia del furor teutónico).

El asunto de la megalomanía del filósofo frustrado quizás que resulte pecadillo insignificante porque, toda proporción respetada, no dejó de tener razón, una razón muy suya. «Va a llegar un tiempo», le escribía a su hermana, «en que también las águilas me van a mirar atemorizadas». Y en otro sitio: «Algún día las

gentes dirán que Heine y yo fuimos los más grandes artistas que jamás escribieron en alemán...». Y también que llegará el día en que los años se cuenten con «Antes de Nietzsche» y «Después de Nietzsche». Con todo, nadie le disputa su categoría de altísimo poeta y de cumbre empinada en la prosa alemana de todos los tiempos. De donde se le justifique esto otro, a Erwin Rodhe. «A ti, como homo litteratus, te haré una confesión: creo haber llevado con mi Zaratustra el idioma alemán a su perfección. Después de Lutero y de Goethe quedaba aún por dar un tercer paso. Fíjate bien y dime si alguna vez has visto tan unidas en nuestro idioma la fuerza, la flexibilidad y la musicalidad. Mi estilo es una danza, un juego de simetrías de todas clases, y un saltar y burlar estas mismas simetrías. Llega hasta la elección de vocales... Además soy poeta hasta los más lejanos límites del concepto. Poeta, aunque me haya tiranizado con lo más opuesto a la poesía...».

Antes de que la nota se alargue, valga terminarla con algunas de las conclusiones de don Enrique Molina, de la página última de este tratado de ecuanimidad humanísima en el predio tan escabroso de la crítica filosófica. Nietzsche, «niega la posibilidad de la verdad y hace de su vida un apostolado intelectual... hace mofa del idealismo y en el fondo de su alma es un idealista; alardea de inmoralismo y ajusta su vida a una moral severa; en su conducta es honrado, puro e intachable; predica la moral de los amos y personal-

mente es un hombre fino y bondadoso . . . Su doctrina predilecta es la exaltación de lo dionisiaco, la vida intensa y el triunfo de los instintos; y él carece siempre de todo lo que sería propio de una existencia así concebida; no tiene poder ni riquezas, ni amores; no posee ni una cama, ni la mesa en que escribe; jamás tuvo una compañera que llevara a su alma el bálsamo de un amante corazón . . . Estuvo más cerca de los santos que denigraba que de los Césares y del Borgia que ensalzaba. Fué un dionisiaco verbal y en realidad un asceta . . . » .

Nueva York, septiembre de 1945.